

AMISTAD

Mi mujer volvió de su recorrido y me alegré sobremanera. Pero un dejo de tristeza se entremezcló con mi regocijo, no fuera que llegaran vecinos y nos molestaran. Le dije a mi mujer: «Vayamos a lo de Fulano o a lo de Zutano, pues si vinieran aquí no nos los sacaremos muy pronto de encima, cosa que no ocurrirá si vamos a lo de ellos, de donde podremos levantarnos e irnos cuando nos dé la gana.»

Nos apuramos y fuimos a lo de la señora Klingel. La señora Klingel solía venir a vernos con frecuencia, por lo cual nosotros fuimos a lo de ella y le ganamos de mano.

La señora Klingel era una mujer hermosa y había sido la directora de un colegio antes de la guerra. Cuando se subvirtió el orden del mundo, se sintió arrancada de su grandeza y se convirtió en una mera maestra. Aún se conducía con aire de importancia excesiva y le hablaba a la gente con un tono de condescendencia. Si alguien adquiriría reputación, visitaba su casa con frecuencia. Mi mujer la conoció cuando era directora, por lo que estaba apegada a ella; no se separaba de nadie que la hubiera visto en su época de grandeza. Se conducía muy familiarmente con mi mujer y la llamaba por su nombre. También yo conocí a la señora Klingel en los días de su esplendor, aunque dudo haber hablado con ella. Antes de la guerra, cuando la gente aún no solía hablarse con hostilidad, una persona podía agraviar al prójimo y verlo como su amigo aunque no le hablara.

La señora Klingel estaba recostada en su cama. Algo más lejos, sobre el canapé de terciopelo, permanecían sentadas tres de sus amigas a las que yo no conocía. Saludé a cada una al entrar y no les dije mi nombre, ni me molesté en oír los nombres de ellas.

La señora Klingel nos sonrió amable y parlanchina como de costumbre. Contuve mi lengua y pensé que en verdad no tengo nada contra ella, pero me fastidia. Salgo a la calle, no quiero que me noten, de pronto esta mujer me viene de enfrente, le pregunto cómo se siente, y me desconcierto por entero. Si la conocí años atrás, ¿le estoy subyugado toda la vida? Me sentí furioso y no admití que si aparece un hombre que no sé qué relación tiene conmigo, pero con quien no me conduje bien antes, debemos volver a rodar por el mundo para enmendar el agravio infligido en una transmutación previa.

Mientras yo permanecía con mi enojo, la señora Klingel le dijo a mi mujer: «Mientras tú viajabas, querida, tu esposo pasó una noche de placeres.» Al hablar me señaló con el dedo y, sin contener la risa, arguyó: «No le cuento a su mujer que vinieron a verlo jóvenes hermosas.»

Cuán lejos estuve esos días de algún placer. Ni en sueños pude deleitarme, y viene esta mujer y le dice a la mía que jóvenes hermosas visitaron a su esposo, que su esposo se deleitó con ellas. Me invadió el enojo y me temblaron los huesos. Me levanté iracundo y le enrostré todo tipo de improperios. Le lancé todas las palabras ofensivas que sabía. Me miró igual que mi mujer, con asombro. También yo me sentí extrañado, pues al fin de cuentas la señora Klingel dijo una broma y no tenía por qué ofenderla de ese modo. Pero estaba furioso y sólo profería vituperios e insultos. Finalmente tomé a mi mujer del brazo y salí sin saludar.

Al salir tropecé con las tres amigas de la señora Klingel y creo haber oído a una decir a la otra: «Broma curiosa la de la señora Klingel.»

Mi mujer se arrastró detrás de mí. Su silencio probaba que se afligía. Más que el

agravió a la señora Klingel, le apenaba que me enfureciera, pero calló por amor y no dijo nada.

Caminamos y no nos dijimos palabra. Se toparon con nosotros tres personas. A dos no las conocía, pero a una la reconocí. Había sido un maestro de hebreo que partió a conocer el mundo y volvió rico; ahora se lo pasa cebando palabras en los periódicos. Esos maestros, aunque sus alumnos ya hayan crecido, se siguen conduciendo con ellos como si fueran criaturas, y les repiten cosas insignificantes. Pero en uno de sus artículos encontré algo valioso, y ya que se me presentaba la oportunidad lo elogí. El rostro se le iluminó y me presentó a sus amigos, uno de ellos senador en Polonia, y el otro, hermano de una de las tres amigas de la señora Klingel, o acaso me equivoco y ella no tiene hermano.

Cabía preguntar a los distinguidos huéspedes si la ciudad les agradaba o cosas por el estilo, pero mi mujer se sentía cansada de tanto trajinar, tenía el ánimo afligido y no me pude demorar. Abrevié la conversación y me separé de ellos.

Mi mujer no me esperó y se fue antes. No le reproché el no haberme esperado. A una mujer joven le es difícil mostrarse ante la gente cuando se siente cansada y triste.

Mientras caminaba introduje la mano en el bolsillo y extraje un sobre o una carta, me detuve y leí: «La prueba más difícil no la vivió Job, sino el Señor, bendito sea, pues puso a su siervo Job en manos de Satanás.» Es decir, la prueba a la que se expuso Dios es más grande que la de Job, un hombre inocente y recto a quien pusieron en manos de Satanás. Después de leer lo que escribí, rompí el sobre y la carta, eché los pedazos al viento como hago siempre con mis cartas, a veces antes de leerlas y otras veces durante la lectura.

Luego me dije que debía encontrar a mi mujer. Me distrajeron mis pensamientos y me desvié del camino; de pronto me encontré en una calle en la que nunca había estado antes. No era distinta a las otras calles de la ciudad, pero sabía que había desembocado en un lugar desconocido. A esa hora ya habían cerrado los comercios, y pequeñas lámparas alumbraban en las vidrieras de todo tipo de mercaderías. Vi que me alejaba de mi casa y advertí que debía tomar otro camino, pero no sabía cuál. Miré las gradas a ambos lados de la cerca de hierro, las subí y llegué al comercio de flores. Allí encontré a un grupo reducido de personas, de espaldas a las flores, y al doctor Rischel de pie entre ellos refiriendo sus innovaciones gramaticales e idiomáticas.

Lo saludé y le pregunté por la... no alcancé a pronunciar el nombre de la calle y empecé a tartamudear. No es que olvidara el nombre de la calle, pero las palabras se me trabaron en la boca.

Es fácil imaginar el ánimo de un hombre que quiere encontrar su hogar y, a punto de formular la pregunta, no puede pronunciar el nombre. Pero me sobrepuse y simulé haber bromeado. Me cubrió de improviso un sudor frío. Lo que pretendí ocultar debí revelarlo. Cuando quise preguntar por la calle todo se repitió como al principio.

El doctor Rischel permanecía atónito, en medio de la disertación sobre sus innovaciones y yo lo interrumpía. Sus oyentes se apartaron y me miraron burlescamente. Yo miré a un lado y a otro. Quise recordar el nombre de mi calle, pero no me acordé. Por un momento me pareció que era Humboldt, pero en seguida creí que era Oeste. Mas apenas abrí la boca para preguntar, ya sabía que su nombre no es Humboldt ni Oeste. Introduje la mano en el bolsillo, quizá encontrara una carta para ver mi dirección.

Encontré dos que no había roto, pero una me había sido mandada a mi domicilio anterior, ya abandonado, y la otra, a la Posta Restante. Donde vivo ahora sólo recibí una carta, que rompí anteriormente. Empecé a repetir en voz alta los nombres de ciudades y pueblecillos de reyes y ministros, de sabios y poetas, de árboles y flores, de todos los que se ponen en las calles, acaso recordara el nombre de la mía, pero no me acordé.

Se agotó la paciencia del doctor Rischel y comenzó a tantear el polvo con el pie. Pensé para mis adentros: «Estoy en un aprieto y se propone dejarme. ¿No somos amigos, no somos seres humanos? ¿Cómo se abandona a un hombre en tal aprieto? Hoy mi mujer volvió de un viaje y yo no puedo llegar hasta ella, por una razón tan simple: olvidé el lugar donde vivo.» Me dijo el doctor Rischel: «Sube al vehículo y viaja conmigo.» Me pregunté por qué me da un consejo que no es de mi agrado. Me asió del brazo y subió conmigo.

Viajé contra mi voluntad y no salía de mi extrañeza. ¿Cómo se le ocurrió a Rischel meterme en ese tranvía? No sólo que no me acerca a mi casa, sino que me aleja de mi calle. Recordé que había visto a Rischel en sueños luchando conmigo. Salté del tranvía y lo dejé.

Al salir del vehículo me vi junto a la oficina de Correos. Se me ocurrió preguntar allí por mi domicilio. Pero el sentido común me previno: «Ten cuidado, no sea que el empleado te crea un loco, pues se supone que un hombre cuerdo sabe cuál es su domicilio.» Vi a un hombre y le rogué que se lo preguntase al empleado.

Entró una persona obesa, bien vestida, un agente de una compañía de seguros, frotó sus manos complacido, satisfecho, y nos interrumpió cuando hablábamos. Me puso furioso y le dije: «Es usted un grosero; si dos personas conversan entre sí, ¿por qué tiene que entrometerse?» Sabía que no me conducía bien, pero estaba asustado y no me atuve a la cortesía. El agente me miró asombrado, como preguntando: ¿Acaso le hice algo malo, y por eso me agravia? Sabía que si guardaba silencio su posición se tornaría ventajosa, por lo que grité: «Tengo que volver a mi casa, busco mi domicilio, olvidé cómo se llama la calle y no puedo llegar hasta mi mujer.» Se burló de mí y otro tanto hicieron todos los que se fueron aglomerando. Mientras tanto, el empleado cerró la ventanilla y se marchó sin que yo averiguara mi domicilio.

Enfrente de la oficina de Correos había un café. Vi allí al señor Iaacov Tzorev. El señor Iaacov Tzorev había sido un banquero en otra ciudad y lo conocía desde antes de la guerra. Cuando partí al exterior, él supo que yo pasaba aprietos, y me mandó dinero. Desde que cancelé la deuda no le escribí nunca. Solía decirme: «Uno de estos días volveré a la Tierra de Israel y he de apaciguarlo.» Pero pasaron veinte años y no nos volvimos a ver. Ahora que lo vi corrí al café, lo tomé de las manos desde atrás, lo abracé con alegría y lo llamé por el nombre. Volvió la cabeza hacia mí y no dijo palabra. Me pregunté: «¿Por qué calla y por qué no da señales de amistad? ¿Acaso no ve cuánto me es querido, cuánto lo quiero?»

Un joven me habló en un murmullo: «Mi padre es ciego.» Atisé y comprobé que era ciego de los dos ojos. Me era difícil no alegrarme por el reencuentro con mi amigo y me era difícil alegrarme, pues cuando lo dejé y partí al exterior había luz en esos ojos que ahora están sumidos en la oscuridad.

Quise preguntarle por su salud y por la de su mujer. Mas apenas empecé a hablar, hablé de mi casa. Debajo de sus ojos se formaron dos arrugas y parecía espiar a través